

125. San Patricio

Un Obispo norteamericano, con el característico humor yanqui, preguntaba a su auditorio: *-¿Sabrían ustedes decirme cuál es el Santo más americano sin haber estado nunca en América?* La respuesta la tenía a flor de labios: San Patricio. Porque Patricio —traída su historia y su devoción por los emigrantes católicos irlandeses—, ha llenado nuestra América con su recuerdo y su nombre. Y entre “Patricks, Pats, Patys y Patricias” han hecho de su Patrono uno de los Santos más populares de nuestras tierras.

La historia de San Patricio, hombre del siglo quinto, parece una pura leyenda, entretejida de aventuras inimaginables y de milagros sorprendentes, atestiguado todo por los escritos del mismo Santo.

Aquel muchachito —francés, lo más probable— es capturado por unos piratas bárbaros que lo llevan a Irlanda, donde es vendido como esclavo y colocado por su dueño como pastor de ovejas. Dios estaba al tanto y lo preparaba para su futura misión. Patricio se da a la oración, y toda su vida será como la del monje más solitario en comunicación siempre con el Cielo.

Un día oye la voz de un ángel, que se le aparece y le ordena: *-Escápate. Dirígete a un puerto lejano, y huye en el primer barco que encuentres.* Patricio obedece, pero el capitán del barco no lo quiere recibir: *-¡Yo no te ayudo a escaparte de aquí!* Patricio se pone en oración, el capitán cambia sin más de parecer, y Patricio llega a las costas francesas.

Es pariente de San Martín de Tours, el cual lo coloca en el monasterio de sus monjes y lo instruye hondamente en el estudio de la Biblia. Profundiza en la oración, y recibe otra visita de un ángel: *-Patricio, debes volver a Irlanda, aquel país en el que fuiste esclavo, para que seas el misionero que la lleve a Dios.*

Pasan los años, y Patricio sigue como un monje fiel, dado a la oración y al estudio, dentro del famoso monasterio de Lerins. Pero le acucia la vocación de Dios: *-¡Irlanda, Irlanda! Vive sumida en el paganismo, y tiene que hacerse cristiana...* Decidido, se pone en camino para Roma, y el Papa Celestino, sin duda inspirado por Dios, le propone —mejor dicho, le manda— que sea consagrado Obispo en su propia presencia, y le ordena después: *-¡Vete! No des la excusa de tus sesenta años. Irlanda te espera.*

Una vez en la que será su nueva y definitiva patria, convierte al primer irlandés, lo bautiza, se lo queda como discípulo, y será después su sucesor en el Arzobispado primado de Armagh. Sube hacia el norte de la isla para empezar su vida de apóstol, y Dios autoriza su misión con milagros continuos y llamativos por demás. Empieza por el jefe de una tribu, quien, lejos de convertirse, determina asesinar al misionero. Pero, en el momento de ir a clavarle la espada, se le paraliza el brazo derecho: *-¡Oh, sí, sí!... Yo también me quiero bautizar.* Curado por el Santo, recibía el Sacramento con muchos de sus súbditos.

La táctica de Patricio va a ser muy sencilla: Evangelizar, convertir y bautizar ante todo a los reyes y jefes de las tribus. ¿Por qué? Era la costumbre y hasta la ley de aquellos pueblos bárbaros: la religión del jefe o del rey era también la religión de la tribu y la del reino. Entonces, ¡a empezar por los de arriba!

Su antiguo amo, de cuyos rebaños Patricio fuera pastor, se niega en absoluto: *-¡Yo recibir a ese misionero cristiano, que se me escapó un día de mi casa?... Y se suicida,*

después de incendiar todos sus campos. Pero sus hijos aceptan el Evangelio, y con ellos mucha gente de toda la región. Ahora Patricio, misionero y Obispo, cuidará corderos y ovejas muy diferentes de aquellos de antes...

Los sacerdotes druidas van a ser los grandes enemigos de Patricio. Se le enfrentan con sus artes mágicas, tanto o más que los magos egipcios a Moisés. ¿De dónde sacan su poder?... Patricio lo va a sacar, igual que Moisés, del poder del Dios del cielo. Llega la primavera, y los sacerdotes druidas encienden, según su costumbre, las hogueras culturales. Patricio hace lo mismo: el Sábado Santo enciende con los suyos el fuego pascual en la montaña junto al valle. Los sacerdotes druidas, acuden al rey: *-O apagas ese fuego ahora mismo, o será después un imposible el conseguirlo.*

El rey les hace caso, y entre todos sus enviados no logran apagar una hoguera tan sencilla. Ante esto, los magos druidas —como los de Egipto ante el faraón—, hacen aparecer una nube que cubre el firmamento de densa oscuridad. Patricio —también igual que Moisés—, no se rinde, invoca a Dios, y hace salir esplendoroso el sol que disipa aquella niebla densa...

El rey se rinde, concede a Patricio el permiso para predicar libremente el Evangelio, y se cumple al pie de la letra la amarga profecía de los magos idólatras: Resulta ya un imposible apagar el fuego de la fe cristiana en Irlanda. Las tinieblas del paganismo se han disipado para siempre...

No es de extrañar que el demonio le declare una guerra implacable. Satanás tiene sus mejores aliados en los feroces sacerdotes druidas, que no cesan de perseguir a Patricio como perros de caza, lo hacen prisionero en doce ocasiones, y por puro milagro escapa una vez de la muerte que se cantaba como segura.

Para atender a tantas conversiones y consolidar la Iglesia que allí nacía, Patricio no pide misioneros de fuera. Con su magnífica preparación en tantos años de monje, él mismo escoge y forma a los futuros sacerdotes y obispos. Se difunde el cristianismo por toda la isla; se fundan monasterios de monjes; se dan las gentes a una vida cristiana caracterizada por una austeridad ejemplar, hasta convertir toda la isla en un campo fecundísimo de santos. Irlanda —que se regirá por leyes civiles inspiradas por el mismo Patricio en puro espíritu cristiano—, será una de las mayores glorias de la Iglesia Católica a través de los siglos.

Los emigrantes irlandeses irán después a los Estados Unidos, nuevos y tan prometedores, donde se forma una Iglesia vigorosa, firme, sólida igual que la Catedral de San Patricio, enclavada en el corazón de Nueva York, y que se alza como testimonio supremo de la santidad y del apostolado del fundador de la Iglesia madre de Irlanda.